

[*Carta al radio de Krasnaya Presnia*]

León Trotsky
8 de diciembre de 1923

(Versión al castellano desde “Lettre de L. Trotsky”, en *Bulletin Communiste Organe du Parti Communiste (SFIC)*, 5º año, nº 52, 27 de diciembre de 1923, páginas 948-950. Hemos traducido a partir del *Bulletin* aunque no hemos mantenido su título ya que de acuerdo con *Cahiers Léon Trotsky*, nº 54, diciembre de 1994, (que reproduce, páginas 101-107, el texto del *Bulletin*) esta carta está dirigida al radio de Krasnaya Presnia, que, según nota de *CLT* era “uno de los principales barrios industriales de la capital en esa época era uno de los bastiones de la Oposición de Izquierda y Trotsky pertenecía a una de sus células.”)

Estimados camaradas,

Confiaba en haberme restablecido bastante pronto como para poder participar en la discusión de la situación interna y sobre las nuevas tareas del partido. Pero la duración de mi enfermedad ha superado las previsiones de los médicos, y me veo obligado a exponeros mis puntos de vista por escrito.

La resolución del buró político sobre organización del partido tiene un significado excepcional. Indica que el partido ha llegado a un giro importante en su vía histórica. Como se ha señalado con razón en numerosas asambleas, en los giros hace falta prudencia; pero también son necesarias firmeza y decisión. La expectativa, la imprecisión, serían en esta ocasión formas de imprudencia.

Algunos camaradas de espíritu conservado critican la resolución del buró político llevados por una sobreestimación del papel del aparato dirigente y por una subestimación de la iniciativa del partido. Dicen que el CC asume obligaciones imposibles; la resolución no hará más que engendrar ilusiones y solo tendrá resultados negativos. Esta forma de ver las cosas evidencia una desconfianza burocrática profunda ante el partido. Hasta el presente, el centro de gravedad se había fijado por error en el aparato; la resolución del CC proclama que de ahora en adelante debe residir en la actividad, iniciativa y espíritu crítico de todos los miembros del partido, vanguardia organizada del proletariado. No significa que el aparato del PC esté encargado de decretar, crear o establecer el régimen de la democracia. Ese régimen lo realizará el mismo partido. Hablando en breve: *el partido debe subordinar a su propio aparato*, sin dejar de ser una organización centralizada.

En los debates y artículos de estos últimos tiempos se ha señalado que la democracia “pura”, “completa”, “ideal”, es irrealizable y que para nosotros no es un fin en sí misma. Esto es incontestable. Pero con la misma razón se puede afirmar que el centralismo puro, absoluto, es irrealizable e incompatible con la naturaleza de un partido de masas y que no puede, menos que el aparato del partido, representar un fin en sí mismo. La democracia y el centralismo son dos caras de la organización del partido. Se trata de acordarlos entre ellos de la forma más justa, es decir de la forma que mejor corresponda a la situación. Durante el último período, el equilibrio se había roto en beneficio del aparato. La iniciativa del partido estaba reducida al mínimo. De ahí los hábitos y procedimientos de dirección en contradicción fundamental con el espíritu de la organización revolucionaria del proletariado. La centralización excesiva del aparato, a costa de la iniciativa, engendraba un *malestar*, malestar que en los extremos del partido

revestía una forma extremadamente mórbida y se traducía, entre otras cosas, en la aparición de agrupamientos ilegales dirigidos por elementos indudablemente hostiles al comunismo. Al mismo tiempo, el conjunto del partido desaprobaba cada vez más los métodos oficiales de la solución a las cuestiones. Casi se había generalizado la idea, o como mínimo el sentimiento, que el burocratismo amenazaba con llevar al partido a un callejón sin salida. Se alzaban voces que señalaban el peligro. La resolución sobre la nueva orientación es la primera expresión oficial del giro de 180 grados que se ha efectuado en el partido. Se podrá realizar en la medida en que el partido, es decir sus cuatrocientos mil miembros, quiera y sepa realizarla.

Una serie de artículos se vuelcan en demostrar que para vivificar al partido hay que empezar elevando el nivel de sus miembros, tras lo cual todo el resto, es decir la democracia obrera, vendrá por añadidura. Es incontestable que necesitamos elevar el nivel ideológico de nuestro partido para ponerlo en condiciones de cumplir las gigantescas tareas que le incumben, pero este método *pedagógico* es insuficiente y, por tanto, erróneo, y persistir en él es provocar infaliblemente una agravación de la crisis. El partido no puede elevar su nivel más que cumpliendo sus tareas esenciales, y eso dirigiendo colectivamente (con la guía e iniciativa de todos sus miembros) a la clase obrera y al estado proletario. No hay que abordar la cuestión desde el punto de vista *pedagógico*, sino desde el punto de vista *político*. No se puede hacer depender la aplicación de la democracia obrera del grado de “preparación” de los miembros del partido en esta democracia. Nuestro partido es un partido. Podemos presentar exigencias rigurosas a quienes quieren entrar y permanecer en él; pero, una vez que se es miembro, se participa por ello mismo en toda su acción.

El burocratismo mata la iniciativa y obstaculiza así la elevación del nivel general del partido. Esta es su defecto capital. Como el aparato está constituido, inevitablemente, por los camaradas más experimentados y meritorios, el burocratismo tiene su más penosa repercusión sobre la formación política de las jóvenes generaciones comunistas. También quien reacciona más vigorosamente contra el burocratismo es la juventud de nuestra organización, barómetro seguro del partido.

Sin embargo no hay que pensar que nuestro sistema de solución a las cuestiones (zanjadas casi únicamente por los funcionarios del partido) no tenga ninguna influencia sobre la antigua generación, que encarna la experiencia política y las tradiciones revolucionarias del partido. En esto también es muy grande el peligro. La inmensa autoridad del grupo de veteranos del PCR es reconocida universalmente. Pero sería un grosero error considerarla como un *absoluto*. *La vieja guardia solo conservará su carácter de factor revolucionario gracias a una colaboración activa y constante con la nueva generación dentro del marco de la democracia*. Si no, puede enquistarse y devenir insensiblemente la expresión más acaba del burocratismo.

La historia nos ofrece más de un caso de degeneración de este tipo. Tomemos el ejemplo más reciente y más impactante: el de los jefes y partidos de la II Internacional, Wilhelm Liebknecht, Bebel, Singer, Victor Adler, Kautsky, Bernstein, Lafargue y Guesde era discípulos directos de Marx y Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo, y bajo la influencia del desarrollo automático del aparato del partido y del aparato sindical, estos líderes giraron hacia el oportunismo total o parcialmente. En víspera de la guerra, el formidable aparato de la socialdemocracia, cubierto con la autoridad de la antigua generación, había devenido el freno más poderoso para el progreso revolucionario. Y nosotros, los “viejos”, debemos decirnos que nuestra generación, que naturalmente ejerce el papel dirigente en el partido, no estará prevenida en absoluto contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario en su seno si el partido tolera el desarrollo de los métodos burocráticos que transforman a la juventud

en objeto de educación y separan inevitablemente al aparato de las masas, a los antiguos de los jóvenes. Contra ese peligro indudable no hay otro remedio para el partido que la orientación hacia la democracia y el aflujo, siempre en aumento, de los elementos obreros en su seno.

No me detendré aquí sobre las definiciones jurídicas de la democracia, ni sobre los límites que le ha impuesto los estatutos del PC. Aunque importantes, estas cuestiones son secundarias. Las examinaremos a la luz de nuestra experiencia y aportaremos las modificaciones necesarias. Pero lo que hay que modificar ante todo es el espíritu que reina en nuestras organizaciones. Es preciso que el partido vuelva a la iniciativa colectiva, al derecho a la crítica libre y fraternal, que tenga la facultad de organizarse por sí mismo. Es necesario regenerar y renovar el aparato del partido y hacerle sentir que solo es el ejecutor de la voluntad colectiva.

La prensa del PC ha ofrecido en estos últimos tiempos toda una serie de ejemplos característicos de la degeneración burocrática de las costumbres y de las relaciones en el partido. Si un crítico osa alzar la voz, inmediatamente se le toma nota del número de carné de comunista. Antes de la publicación de la decisión del CC sobre la nueva orientación, el simple hecho de señalar la necesidad de una modificación del régimen interno del partido era considerado por los funcionarios encargados como una herejía, como una manifestación del espíritu de escisión, como un atentado a la disciplina. Y ahora esos burócratas están dispuestos formalmente a “levantar acta” de la nueva orientación, es decir *a enterrarla en la práctica*. La renovación del aparato del partido (en el marco preciso de los estatutos) debe tener por objetivo reemplazar a los burócratas momificados por elementos vigorosos estrechamente ligados a la vida de la colectividad. Y, ante todo, hay que descartar de los puestos dirigentes a aquellos que, ante la primera palabra de protesta u objeción, blanden contra las críticas los rayos de las sanciones. La nueva orientación debe tener como primer resultado hacer sentir a todos que, de ahora en adelante, nadie se atreverá a aterrorizar al partido.

Nuestra juventud no debe limitarse a repetir nuestras fórmulas. Debe conquistarlas, asimilárselas, formarse su propia opinión, su fisonomía propia y ser capaz de luchar por sus puntos de vista con el coraje que dan una profunda convicción y una completa independencia de carácter. ¡Fuera del partido la obediencia pasiva que hace seguir mecánicamente los pasos tras los jefes; fuera del partido la impersonalidad, la servidumbre, el carrerismo! El bolchevique no es solamente un hombre disciplinado: es un hombre que, en cada caso y sobre cada cuestión, se forja una opinión firme y la defiende valientemente, no solamente contra sus enemigos, sino también en el seno de su propio partido. Puede que en estos momentos quede en minoría en su organización. Se someterá porque este es su partido. Pero ello no significa siempre que esté en un error. Puede que haya visto o comprendido antes que los otros las nuevas tareas o la necesidad de un giro. Planteará con persistencia la cuestión una segunda vez, una tercera, una décima vez si es necesario. Con ello, le rendirá un servicio a su partido, familiarizándolo con las nuevas tareas o ayudándolo a realizar el giro necesario sin grandes cambios orgánicos, sin convulsiones internas.

Nuestro partido no podrá cumplir con su misión histórica si se parcela en fracciones. No se desagregará así ya que, siendo colectividad autónoma, su organismo se opone a ello. Pero no combatirá con éxito los peligros del fraccionamiento más que desarrollando y consolidando en su seno la aplicación de la democracia obrera. *El burocratismo del aparato es, precisamente, una de las fuentes principales del fraccionamiento*. Reprime despiadadamente la crítica y hace fluir el descontento en el interior de la organización. Para el burocratismo, toda crítica, toda advertencia, es casi fatalmente una manifestación del espíritu de escisión. El centralismo mecánico tiene

como obligado complemento el fraccionamiento, caricatura de la democracia y peligro político formidable.

Consciente de la situación, el partido realizará la evolución necesaria con la firmeza y decisión exigidas para las tareas que le incumben. Por lo mismo, fortalecerá su unidad revolucionaria, lo que le permitirá llevar a buen puerto el inmenso trabajo que le incumbe a escala nacional e internacional.

Estoy lejos de haber agotado la cuestión. He renunciado intencionadamente a estudiar aquí numerosos aspectos esenciales que me propongo exponeros verbalmente en cuanto esté restablecido, lo que confío en que no tarde mucho.

Saludos fraternales

L. Trotsky
8 de diciembre de 1923

PD. Como se ha retrasado algunos días la publicación en *Pravda* de esta carta, aprovecho para añadir algunas consideraciones complementarias.

He sabido que durante la comunicación de mi carta a las asambleas de barrio, determinados camaradas han expresado el temor que se explotasen mis consideraciones sobre las relaciones entre la “vieja guardia” y la joven generación para oponer (¡!) a los jóvenes con los viejos. Con toda certeza este temor no se le ha podido suscitar más que a quienes, hace ahora dos o tres meses todavía, rechazaban con horror la misma idea de la necesidad de un cambio de orientación.

En cualquier caso, el hecho de poner en primer plano temores de este tipo, *en el presente y en la situación dada*, denota un desconocimiento de los peligros reales y de su importancia relativa. El estado de ánimo actual de la juventud, altamente sintomático, está engendrado, precisamente, por los métodos empleados para mantener el orden, y de los cuales la resolución adoptada por unanimidad por el politburó es la condena formal. Con otras palabras, la “calma”, tal y como se la entiende, amenaza con separar cada vez más a la fracción dirigente de los comunistas más jóvenes, es decir de la inmensa mayoría del partido. Determinada tendencia del aparato a pensar y decidir por la organización entera lleva a *fundamentar la autoridad* de los medios dirigentes *solamente sobre la tradición*.

El respeto a la tradición es, sin lugar a dudas, un elemento necesario de la formación comunista y la cohesión del partido, pero no puede constituir un factor vital más que si se nutre y fortalece constantemente mediante un activo control de esa tradición, es decir mediante la elaboración colectiva de la política del partido para el momento presente. Si no, corre el riesgo de degenerar en sentimiento puramente oficial, en no ser más que una forma sin contenido. Tal lazo entre generaciones es, evidentemente, insuficiente y muy frágil. Puede parecer sólido hasta el momento en el que uno se da cuenta de que está a punto de romperse. Precisamente en eso radica la política de la “calma” en el partido.

Y si los veteranos que todavía no se han burocratizado, que han conservado un estado de ánimo revolucionario (es decir, y estamos persuadidos de ello, la inmensa mayoría), se dan perfectamente cuenta del peligro señalado más arriba, y ayudan con todas sus fuerzas al partido a hacer aplicar la resolución del politburó del comité central, desaparecerá cualquier motivo para oponer las generaciones unas a otras. Entonces será relativamente fácil refrenar la fogosidad y los “excesos” puntuales de la juventud.

Pero ante todo hay que hacer de forma que la tradición del partido no se vea concentrada en el aparato director, sino que viva y se renueve constantemente en la experiencia cotidiana de la organización. Se remediará así otro peligro: el de la división

de la vieja generación en “funcionarios” encargados del mantenimiento de la “calma” y en no-funcionarios. El aparato, es decir su esqueleto, lejos de debilitarse, se fortalecerá al no estar replegado y encerrado en sí mismo. Ahora bien, no caben dudas de que necesitamos un aparato centralizado poderoso en nuestro partido.

Tal vez se pudiese objetar que el ejemplo de la degeneración de la socialdemocracia en la época reformista, citado en mi carta, no tiene gran valor para la época revolucionaria actual. Evidentemente ejemplo no es identidad. El carácter revolucionario de nuestra época no es, sin embargo, una garantía en sí.

Vivimos bajo el régimen de la Nep cuyos peligros se agravan aún más por la demora de la revolución mundial. Nuestra acción práctica cotidiana de gestión del estado, cada vez más especializada y limitada, contiene, como lo indica la resolución del comité central, un peligro de estrechamiento de nuestros horizontes, es decir de degeneración oportunista.

Es evidente que este peligro crece a medida que el mando de los “secretarios” tiende a substituir a la verdadera dirección del partido. Seríamos unos lamentables revolucionarios si hiciésemos descansar sobre el “*carácter revolucionario*” de nuestra época la responsabilidad de superar nuestras dificultades y, sobre todo, nuestras dificultades internas. Hay que ayudar a esta época con la realización racional de la nueva orientación adoptada por unanimidad por el buró político.

Una consideración más para acabar. Hace ahora dos o tres meses, cuando todavía no estaban en el orden del día del partido las cuestiones que son objeto de la actual discusión, algunos militantes de provincias se encogieron de hombros con indulgencia y se decían a sí mismos que en Moscú se buscaba a la pequeña bestia, que en provincias todo marchaba bien. Este estado de ánimo se refleja todavía ahora en determinadas cartas de provincias. Oponer la provincia tranquila y razonable a la capital convulsa y contaminada, es dar pruebas de este espíritu burocrático del que hemos hablado más arriba. En realidad, la organización moscovita es la más grande, la más fuerte, la más vital de las organizaciones de nuestro partido. Incluso en los momentos de plácida “calma”, la actividad ha sido en ella más intensa que en cualquier otra parte.

Si Moscú se distingue ahora de los otros lugares de Rusia lo hace únicamente porque ha tomado la iniciativa de la revisión de la orientación de nuestro partido. Esto es un mérito, no un defecto. El partido al completo le seguirá los pasos y procederá a la revisión necesaria de determinados valores. Cuanto menos se oponga el aparato de las provincias a este movimiento, las organizaciones locales podrán franquear más fácilmente este estadio inevitable de autocrítica fructuosa cuyos resultados se traducirán en una cohesión acrecida y un nivel ideológico superior del partido.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es